

CONTIENE

artículos religiosos, de moral, de viajes, de costumbres, de higiene, de economía doméstica, novelas, cuentos, leyendas, anécdotas, poesías, charadas, jeroglíficos, acertijos, logogrifos y noticias diversas.

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes, y consta cada número de ocho páginas.



REPARTE

mensualmente una plaza de música primorosamente litografiada, y en cada número un gran pliego de dibujos para bordar, cuajado de orlas, festones, grecas, escudos, alfabetos, cifras, emblemas y otras caprichosas y variadas fantasías.

Se insertan anuncios á precios convencionales.

LA GUIRNALDA,

PERIÓDICO QUINCENAL, DEDICADO AL BELLO SEXO.

Año I.

Madrid 1.º de Marzo de 1867.

Núm. 5.

SUMARIO de este número.—A nuestras lectoras, de D. Jerónimo Moran.—A la inspirada poetisa Doña Pilar Armendi, condesa de Priegue, de Doña Ángela Grassi.—Instinto amoroso (Costumbres de Carnaval), de D. Jerónimo Moran.—La Exposición actual de bellas artes, de ***.—Carnes-Tollendas, de D. Jerónimo Moran.—Las monedas bajadas del cielo.—Miscelánea.—Charada.—Jeroglífico.

Á NUESTRAS LECTORAS.

¡Nos tachareis de impertinentes, si en pleno Carnaval, cuyos alegres días se destinan á bulliciosos espectáculos desde la más remota antigüedad, interrumpimos tal vez vuestras licitas distracciones con palabras serias, con ideas de un órden bien extraño por cierto á las que ocupan acaso vuestra imaginación en estos momentos? No vaya, por Dios, á exclamar alguna de vosotras: ¡qué Mentor tan inoportuno! cuando estoy más atareada en disponer el traje de *Reina Hortensia* que ha de lucir mi hermanita Matilde en el baile de niños, que se celebrará mañana en los salones de la marquesa de B.... venirme á recordar que debo cultivar por mis propias manos las flores que destino para el adorno del altar consagrado á la Anunciación de Nuestra Señora durante la novena de su festividad, que celebro con tanta devoción todos los años! ¡Como si fueran incompatibles ambas cosas!

Sí, sí, demasiado sabemos que las jóvenes virtuosas se recrean honestamente, sin desatender por eso los cuidados interesantes á que las obligan sus buenos sentimientos y su educación esmerada; y conocemos á más de una que derramando la alegría en torno suyo por la vivacidad de su carácter, y fomentando las distracciones de la familia,

más en provecho de sus amigas, que en el suyo propio; que teniendo grande afición á la declamación y á la música, y no desdeñando el disfraz de un brillante capuchón para dar alguna broma agradable y de buen género en un baile preparado por la Junta de Damas de honor y mérito, ó por la de Beneficencia; cuida mucho al mismo tiempo de los indigentes, é inquiere las desolaciones escondidas y la miseria que se oculta y les tiende su mano bienhechora, y procura alimento á los que tienen hambre, remedios á los que padecen en el lecho del dolor, y consuelos para todas las aflicciones.

Bien persuadidos nos hallamos de que no hay necesidad de recordaros que el destino de la mujer en todas las circunstancias de su vida, lo mismo en la opulencia que en la medianía, en el mundo que en el retiro, en la ciudad que en la aldea, es siempre el mismo: el de olvidarse de sí propia con toda la abnegación de la virtud para trabajar con caritativo anhelo en beneficio siempre de sus semejantes atribulados. ¡Atributo hermoso del amor en sus más puras manifestaciones!

Quien tal juicio tiene formado de vosotras, no temais que vaya á alarmarse porque descendais al paseo del Prado en los presentes días de Carnaval, y ora ruando en descubierta carretela, ora sentadas en aquellas sillas de alambre,

tan difíciles de alcanzar en tales fiestas, escuchéis alguna confianza discreta, algun recuerdo inofensivo que os hable, alguna anécdota picaresca pero charlada con talento y sin la aviesa intención de mortificar el amor propio, y menos aun de mancillar la honra de nadie. ¿Y qué mal puede haber en que saludeis con francas sonrisas á las abigarradas comparsas que cual sombras fantasmagóricas de linterna mágica se deslizan ante vosotras, ni en que revele vuestro semblante la animación y el contento á la vista de esa cáfila de grotescas caricaturas que, parodiando vuestros trajes y adornos de todas las épocas, desde la plegada túnica griega hasta la ampulosa crinolina contemporánea, os arrancan carcajadas placenteras, con sus figuras inverosímiles, saltos de gerbo, gritos de guacamayo, y ocurrencias felices alguna vez, y desatinadas pero preciosísimas casi siempre?

¿Quién se atreverá á condenar vuestro regocijo ni vuestra curiosidad naturalmente excitada, cuando hayais reconocido en aquellas prenderías ambulantes y abigarradas, los crugientes vestidos de vuestras más encopetadas amigas, la falda dominguera de vuestras propias criadas, ó la airosa chaquetilla de vuestra peinadora, todo por supuesto ajustado á las formas angulosas de individuos del sexo contrario, que brincan de aquí para allá como los cigarrones de los campos durante el estío?

Concurrid, pues, á las fiestas de estos días: LA GUIRNALDA os dá su salvo-conducto; pero asistid á ellas recordando que aunque la alegoría del Carnaval es la locura, las jóvenes educadas con distinción, sobresalen en todas ocasiones y en todas partes por su conducta irreprochable, por su comportamiento decoroso, y por el especial cuidado que ponen en evitar todo aquello que pueda ocasionar el más leve disgusto á sus familias.

JERÓNIMO MORAN.

Á LA INSPIRADA POETISA

Doña Pilar Armendi, condesa de Priegue.

Tú, hermosa hija del trópico
Do el sol es refulgente,
Do aromas mil balsámicos
Saturan el ambiente,
Do cantan aves célicas
Himnos de eterno amor;
Tú, que de un alma férvida
Sientes el sacro fuego,
Comprenderás las lágrimas
Con que mi rostro riego;
¡Comprenderás cuán íntimo
É inmenso es mi dolor!

Cuando de madre angélica
Sueñas con los abrazos,
Tu trova oyendo, el ánima
Se rompe en mil pedazos:
¡Madre, no tengo! ¡Ay, mísera,
Que tanto bien perdí!
No há mucho la sien cándida
Orné también de rosas,

No há mucho que entre plácemes
Horas conté dichosas:
Hoy solitaria huérfana,
¿Quién llora junto á mí?

¡Nadie!... ¡Estoy sola!... El péndulo
Vaga en perpétuo giro,
Sin que traiga benéfico
Dulcísimo suspiro.
El tiempo, que en los límites
Espira del *no ser*.
¡Sola! Palabra horripanda
Que tanto duelo encierra:
¡Sola, y los dulces cánticos
Oír, que en cielo y tierra
Entonan mil espíritus
Henchidos de placer!

¿Quién porvenir espléndido
No vió en edad temprana?
¡Ay esperanza crédula!
¡Ay fúnebre mañana,
Que guardas tantas lágrimas
En tu negro capúz!
¡Dios lo ha querido! Al Gólgota
Van las mundanas vías:
Fuerza es del Mártir inclito
Seguir las huellas pías;
¡Fuerza es hasta el sarcófago
Llevar su santa cruz!

¡Ah, si tras tumba gélida
No viese el faro hermoso,
Que los palacios áureos
Alumbra del reposo!
Si tras las nubes diáfanas
No viese eterno Edén;
Entonces sí, que el lúgubre
Dolor que me atormenta
Fuera imposible: ¡Oh mágico
Faro que el alma alienta,
Bendita tu luz fúlgida
Que anuncia el sumo Bien!

¡Dulce es creer!... Seráfico
Consuelo es la fé ardiente.
¡Oh santa fé, en tu lábaro
Reclinaré mi frente,
Hasta llenar la página
Oscura del vivir!
Perdon: quise á tu mérito,
Hermana, dar tributo,
Más solo hallé en mi cítara
Notas de amargo luto;
Que guardan ¡ay! mis ídolos
Las nubes de zafir.

ÁNGELA GRASSI.

INSTINTO AMOROSO.

(Costumbres de Carnaval).

Uno de los consejos que dá Ovidio en su poema *El Remedio del amor*, á los que tratan de captarse la voluntad de las mujeres, es que se sigan los pasos de la que nos agrade, aun á riesgo de pasar por indiscretos. Procedimiento es este no exento de percances, pero de buenos resultados,

porque cuando tan gran maestro en el *arte* lo aconseja, bien aprendido se lo tendría.

Mucho han variado las costumbres desde el tiempo de Augusto, en que tales cosas se escribían, hasta la famosa era de civilización que alcanzamos. No obstante, en achaques de amor la alteración no ha sido mucha, puesto que, especialmente en Madrid, se observa que los paseantes desocupados siguen al pie de la letra los rancieros preceptos del poeta desterrado de Roma, por no sé que travesuras imperiales, de que se presume fué testigo.

Me ha sugerido este erudito-erótico preámbulo el recuerdo de cierta aventura, que siempre que llegan los días de Carnaval reverdece en mi memoria. Era yo entonces estudiante, y por aquellos felices tiempos la gente se divertía de veras en los bailes de máscaras. Cotizábanse los billetes de estas funciones con todas las peripecias de las cotizaciones de la Bolsa, ofreciéndose una *estrella* por dos *sartenes*, ó cuatro *cruces* por un *príncipe*; y la gente toda, así la de buen tono como la de medio pelo, se disfrazaba con *buena fé*, y se entregaba en cuerpo y alma al furor del baile, con un entusiasmo digno de mejor causa.

Tenia yo en aquella época feliz un condiscípulo y amigo llamado Jacinto, muy dado á empresas amorosas, de las cuales solía hacerme su obligado confidente. Cierta día, *Domingo gordo* por cierto, ¿por qué no se dirá ya *Domingo gordo*? cierto día, pues, saliendo juntos á paseo dimos de manos á boca con una bellísima mujer, cuyos ojos negros harían salir de sus casillas á cualquiera, sin necesidad de que tuviese el corazón tan inflamable como el de mi compañero. Esta observación me ahorra cuánto decir pudiera de los extremos con que el buen Jacinto manifestó el efecto, por no decir destrozo, que los rasgados ojos de la desconocida causaron en su pecho. ¡Pobre muchacho!... Me dejó solo aquella tarde y se fué suspirando, Prado arriba, en pos de la sílfide que así acaba de trastornarle, sin que le arredrara el canchero que la servía de custodia, ordinario de facha y avinagrado de gesto.

Ya he dicho que era entonces Carnaval, y como entre otras atenciones, tuve la de acompañar en aquellos días á mi primo Antonio, muchacho imberbe y travieso, que traía licencia del colegio para pasar las carnestolendas con la familia, no eché de menos á mi amigo Jacinto, ni él por su parte cuidó tampoco de buscarme.

El inmediato miércoles de Ceniza se presentó, por fin, en mi casa, y después de las frases de saludo, me dijo suspirando:

—La he visto anoche.

—¿En dónde?

—En el baile de la *sarten*.

—¿Por supuesto que la habrás hablado á tus anchas?

—¡Ojalá no me hubiera acercado jamás á ella!

—¡Fatalidad! Ya comprendo el misterio: te vió en la *sarten*, y te dejó frito. Más claro, te ha plantado unas soberbias calabazas.

—¡Oh! sí, sí; pero ha sido una decepción horrible; porque has de saber que aquella tarde que te dejé solo, por seguir sus huellas, iba ella animándome; no daba tres pasos sin volver la cabeza, á despecho de aquella especie

de cabo del resguardo que debía ser su padre, no obstante lo antitético de sus fisonomías.

—¿Y te miraba con ternura?

—Como diciendo, sígueme: de una manera particular, fascinadora.

—¡Y luego no diga V. nada contra la inconsecuencia de las mujeres! Pero ya que has pica nuestra curiosidad cuéntanos todo el lance. No te dé cuidado la presencia de Antoñito, porque es muchacho muy reservado.

—Pues bien, escucha y compadece al más desgraciado de todos los amantes. Cuando asistí al baile ya sabía yo algunas particularidades de mi bella desconocida: se llama Irene: es de Colmenar Viejo.

—¡Qué mal tono! ¿Y después de saber su procedencia tuviste valor para seguir enamorado?

—¿No sabes que el amor se parece á la muerte en que, *equo pulsat pede*....

—Sí, sí, en que dá el gran puntapié cuando menos se espera.

—Seguí sus pasos hasta que la ví entrar en una casa la tarde consabida, y acercándome á la puerta, antes que subiera la escalera, me atreví á decirle á hurtadillas estas medias palabras: irá usted el martes á....

—Sí, sí, el martes; contestó ella sin dejarme concluir, poniendo el índice de su mano sobre sus labios y señalándome con la otra al hombre mal encarado que la acompañaba. Puedes imaginarte las sensaciones que experimentaría mi alma en semejante trance. ¡Qué de ilusiones dulcísimas comenzaron á rodar por mi cabeza desde aquel momento!

El martes asistí al baile lleno de esperanzas. En vano la atronadora turba de enmascarados me saludaba á cada paso con el estúpido: *te conozco*: y se afanaba por importunarme con sus bulliciosas chanzonetas. Yo no oía sus penetrantes gritos, porque no apetecía oír más que la voz de la que adoraba.

Llegó, por fin, el ansiado momento: de nada sirvió el disfraz que la encubría: la conocí. Ocultaba su rostro virginal una careta de raso negro, símbolo acaso de mi desventura: un vistoso traje de jardinera valenciana daba nuevo realce á sus primores: una rosa menos pura que él sentía las blandas agitaciones de su seno, y otra multitud de flores y guirnaldas que adornaban su caprichosa vestidura, disputaban vanamente la primacía á su belleza. El instinto del amor no engaña nunca; era el ídolo de mis ensueños: á través de aquel obstáculo siniestro que me robaba sus facciones, veía yo su mejilla blanca como una azucena, y me parecía vislumbrar aquella hechicera sonrisa, imposible de encontrar en otro rostro que no fuera el suyo: sus ojos negros y rasgados me abrasaban el corazón. Los cabellos de ébano deslizándose por entre el airoso prendido que engalanaba su graciosa cabeza, caían en rizos espirales sobre su nevada garganta. Desfallezco al intentar describir tantos hechizos.

«Preciosa mascarita, no hay disfraz para el amor,» la dije con el más vivo interés:

Una exclamación de sorpresa fué la única respuesta que recibí. La ingrata también me había conocido y evitó mi

presencia, confundíendose precipitadamente entre los demás enmascarados. Volví de nuevo á abismarme en mi tristeza: volví á buscarla con ansioso ahínco y pude conseguir segunda vez que oyese de mi boca palabras del más puro amor. Más ¡ay! esta vez y otra, y otras mil y mil fueron con la más pérfida frialdad reprochados mis favores. Sin duda mis importunos ruegos debieron causarle lástima: á esto únicamente puedo atribuir la feliz casualidad de haber conseguido bailar con ella un *rigodon*.

La orquesta sonaba con estrépito; el baile habia ya principiado: nada, empero, pudo distraerme de mi amoroso enajenamiento.

—¡Cuán bella sois, Irene!

—No tanto como vos lisongero.

—¡Lisongero, ah!.... los hombres que adoran como yo no se cuidan de adulaciones.

—¿Conque tanto adorais?....

—Hasta el frenesí.

—¡Jesus! y lo decís con un tono..... ¿Y quién es el objeto de una pasión tan delirante?

—¡Vos me lo preguntais!.... ¿vos que lo sabeis tan bien como yo?

—Me gusta ese modo de adivinar. La primera vez que me veis.....

—¡La primera vez que os veo!.... ¡ah! vos estais empeñada en atormentarme. ¿Me negareis que esos brillantes ojos son los que han encendido un volcan en mi pecho? y ese acento arrebatador..... y..... ya os he dicho que no hay disfraz para el amor.

—¿Pero no sabeis que al amor le pintan con una venda en los ojos y que.....?

—Bien, sea así: yo quiero vivir ciego, quiero vivir, mejor diria, morir engañado; quiero amaros, quiero que seais menos cruel.

—No se os podrá tachar de exigente en demasía.

—¡Ingrata! Siempre respuestas evasivas..... mascarita encantadora, ten piedad de mí.

—No, no hay piedad.

—¡No hay piedad!... ¡ah!... jamás creí que pudiera avenirse tanta hermosura con tanta ingratitud.

—Ved que echais á perder la figura, y que todas las miradas se fijan en nosotros.

—¡Qué respuesta tan fria! Me habia olvidado de que estaba bailando, y tuve que extender los brazos, levantar los piés y dar algunas vueltas. Muy mal debí hacerlo, porque todas las máscaras empezaron á burlarse y á gritar en derredor de mí con intolerable algazara. ¡Ay, amigos míos! aquella ansiada noche, mezclada de placer y de amargura, la tengo y la tendré toda mi vida grabada en mi angustiado corazón. Ni la más mínima esperanza..... ni el más pequeño rasgo de piedad..... ¡Y cuánto realce tuvo esta expresion en sus lábios á pesar de la indiferencia con que fué pronunciada! —No, no hay piedad, —repitió sonriéndose, y esta chancera repulsa, lejos de entibiar mi pasión, la hizo arder con más viva fuerza.....

Aquí mi primo Antoñuelo no pudo contener la carcajada, cuyo ejemplo seguí yo instantáneamente, impulsado por la entonacion lúgubre del pobre Jacinto.

—¡Cómo!... gritó éste, medio amostazado: ¿Os burlais por ventura de este sentimiento profundo?

—No os desesperéis tan infundadamente; replicó mi primo, con una entonacion atiplada que sorprendió visiblemente al enamorado. ¿Dónde os gustó más Irene, en la calle ó en las máscaras?

—Donde el instinto de mi amor adivinaba sus encantos.

—¿Es decir, que seríais capaz de olvidar á la desconocida por la disfrazada?

—No os comprendo.

—Ahora me comprendereis de seguro.

Y así diciendo Antonio, tiró de un cajon de la cómoda, de cuyo seno fué sacando todos los atavíos de jardinera tan prolijamente descritos por el otro. Allí salieron á relucir los aromatizados rizos de ébano pegados todavía al airoso prendido. Allí la rosa pura, rival de la pureza del seno de Antoñuelo; allí las guirnaldas que habian disputado la belleza al colegial rollizo; allí todo, en fin, lo que habia ilusionado tan profundamente á quien siempre se alimentaba de ilusiones.

—¿Conque pretendéis hacerme creer que érais vos? dijo disimulando torpemente su enojo el buen Jacinto.

—Y os daré una prueba terminante. Algo habeis omitido de lo que dijisteis á vuestra ingrata. La jurásteis tambien que, si ella consentia, le darías la mano de esposo muy en breve.

A este punto quiso responder nuestro enamorado, rojo ya como una amapola, pero fué tal su turbacion que no acertó á articular una sola sílaba. Yo me propuse sacarle de su embarazo, y así respondí por él:

—¿Y no pudiera mi primo Antonio haber escuchado esas palabras sin ser el mismo á quien se dirigian?

Recobrado con esto algun tanto mi amigo, añadió con aire satisfecho:

—Además, ella me habia dicho que el martes iria á.....

—Pero recordad que, segun vos mismo, no terminó la frase, y de ahí nace todo vuestro error.

—Es imposible que sea segun vos lo contais, porque mi corazón me dice lo contrario, y cuando habla el corazón.....

—Venid, pues, conmigo y acabareis de convenceros.

Admitida la propuesta por el tenaz Jacinto, fuimos conducidos por Antonio á la casa donde habia visto entrar el primero á la desconocida: era una posada. Presentóse un criado, y mi primo le preguntó por su compañera de viaje, dándole seña por seña todas las de Irene, incluso el nombre.

—Ya se marchó á Colmenar Viejo.

—¿Cuándo? interrumpió Jacinto ansiosamente

—Ayer martes, por la mañana, replicó el criado.

Y nosotros volvimos á reirnos, y el pobre Jacinto no tuvo más remedio que convencerse de que el instinto del amor puede engañarnos con sobrada facilidad.

JERÓNIMO MORAN.

LA EXPOSICION ACTUAL DE BELLAS ARTES.

(CONTINUACION) (4).

El mismo día en que salió á luz nuestro último número, publicaba la *Gaceta de Madrid* la relacion de los premios adjudicados á los artistas, cuyas obras se han distinguido en la actual Exposicion. Esta circunstancia amengua en cierto modo la oportunidad de la reseña que ofrecíamos á nuestras suscriptoras en nuestro primer artículo, contrariando nuestro propósito. Además de esto, con motivo de la Exposicion universal, próxima á inaugurarse en el vecino imperio, muchos de los cuadros á que debíamos referirnos, han sido remitidos á París con objeto de que figuren en aquel gran concurso, antes de que pudiera fijarse respecto á ellos el juicio del público, que era el que nosotros nos proponíamos seguir, acatando su fallo como más atendible, cuando, entre la discordancia de nuestros críticos de la prensa, por una parte, y por otra nuestra falta de competencia en la materia, hubiéramos sido harto difícil encontrar luz ni camino seguros en este, que bien podríamos llamar dédalo artístico.

Constando ya oficialmente cuáles son las obras premiadas por el jurado, aparecen como de relieve todas aquellas que merecen especial mencion, si bien, aquilatándolas segun su mérito relativo, existe en realidad una diferencia gradual entre la importancia de las que han merecido las más altas distinciones, y las que, no habiendo obtenido medalla de premio, declara el jurado al mencionarielas que las ha considerado dignas de aprecio.

Al tratar de los cuadros comprendidos en el grupo en que figuran los de historia, hemos hablado del Sr. Gisbert en la primera parte de este escrito, y sin gran trabajo descubrirán nuestras lectoras que aun haciéndonos cargo de los lunares que se han señalado á esta obra, refiriéndose estos más directamente á la concepcion, que á la ejecucion, nos adherimos decididamente á la opinion de los que veian en la última produccion de este distinguido artista, altas y muy relevantes cualidades que premiar. Así lo consideró el jurado al otorgarle la más elevada de las recompensas que el reglamento de las exposiciones concede á los expositores, cual es la encomienda de número de la real y distinguida orden de Carlos III, único premio que le faltaba obtener en su brillante y envidiable carrera artística.

En la adjudicacion de las medallas de primera clase, figuran D. Jacinto Mercadé, por *La traslacion de San Francisco de Asis* (268); D. Vicente Palmaroli, por *La capilla Sixtina* (316), y D. Alejo Vera, por *Los desposorios de Santa Cecilia y San Valeriano* (421).

Los Sres. Mercadé y Palmaroli se han elevado en este año á la categoría de las primeras medallas, y respecto á ambos no ha hecho otra cosa el jurado, al adjudicárselas, que confirmar el fallo del público, emitido desde el día primero de la exposicion.

Respecto al Sr. Vera, no se ha decidido tanto la opinion general en su favor. *El entierro de San Lorenzo*, que figuró en el certámen de 1862, habia hecho concebir sin duda grandes esperanzas que no se han realizado por completo, no obstante las arraigadas simpatías que disfruta este aventajado artista entre sus compatriotas. Sin embargo, su obra es notable por más de un concepto, y no se ha reprochado en definitiva por el juicio público la nueva medalla que le ha sido concedida.

De los demás expositores que fijamos en el primer rango del arte, por sus merecimientos anteriores, han concurrido esta vez los Sres. Cano, con *Los Reyes Católicos recibiendo á los*

(4) La abundancia de materiales y el deseo de dar la mayor variedad posible á nuestro periódico, nos obliga á dividir hoy este artículo, cuya conclusion daremos en el número próximo.

cautivos cristianos despues de la conquista de Málaga (68); Casado del Alisal, con *Los dos Caudillos*; Hernandez Amores, con *Susana* (213); y Puebla, con *El compromiso de Caspe* (338); no habiendo logrado conquistar mayor lauro que en las exposiciones anteriores, ni disputar las medallas otorgadas á los Sres. Mercadé y Palmaroli.

Con general aceptacion se han visto tambien los premios de segunda clase señalados á los Sres. Ferrant y Valles, por *La toma de una galeota de moros* (148), el primero, y el segundo por *La demencia de Doña Juana de Castilla* (415). Muy jóven aun el autor del interesante episodio de la historia de Cádiz, se muestra, en las nobles lides del arte, adornado de las cualidades más recomendables, luchando desde su modesto estudio de Madrid, sin proteccion ni auxilio de ninguna especie, con artistas de mayor fortuna, que trazan y ejecutan sus obras bajo los más favorables auspicios, inspirándose á la vista de los más notables adelantos de la inteligencia é impresionados á impulso del movimiento progresivo del arte, bajo el clima de Italia ó protegidos por el concurso de elementos auxiliares que ofrece la Francia, constituyendo con ellos la base principal de la perfeccion que ostentan en sus producciones. El Sr. Ferrant ha pintado el cuadro que nos ocupa para concurrir á un certámen abierto por la ilustrada Diputacion de Cádiz, en su laudable propósito de consignar por medio del elocuente testimonio de la pintura, los hechos más gloriosos de aquella noble ciudad, habiendo merecido allí el premio disputado por varias obras muy recomendables. Damos nuestra más cordial enhorabuena á este jóven cuanto modesto y aplicado artista por uno y otro triunfo, augurándole fama imperecedera el día en que, con la experiencia adquirida por la práctica y el estudio, nos manifieste el desarrollo completo de sus facultades.

Don Lorenzo Valles se nos dió á conocer en la Exposicion de 1864 en su bellissimo lienzo que representaba *El cadáver de la Cencl en el puente de San Angelo*, habiendo obtenido medalla de segunda clase á propuesta del jurado, y los más lisonjeros elogios por parte del público. Pensionado en Roma por el Excelentísimo señor Marqués de Alcañices, sigue trabajando con fruto y no desmerece en nada respecto á la ventajosa opinion que disfruta. Sus obras se distinguen por la expresion y el sentimiento de los asuntos que interpretan, y bajo este punto de vista su último cuadro hubiera conquistado el primer puesto del certámen, pero al decir de los inteligentes, los accesorios desvirtúan el interés exclusivo de la composicion. Sin embargo, la figura de Doña Juana de Castilla, es muy bastante para sostener la justa reputacion del Sr. Valles, cuyas especiales dotes aplaudimos, siguiendo el poderoso impulso de la pública fama.

CARNES-TOLLENDAS.

ROMANCE.

¡Con cuánta razon de sobra
días de carnes-tollendas
pusieron del Carnaval
á las bulliciosas fiestas!

Es latina esa palabra
para que el vulgo no entienda
lo mucho que vá á perder
cuando el Carnaval se acerca;
y porque si bien se advierte
sonido pésimo hiciera
el pronunciar *quita-carne*
en vez de carnes-tollendas.

Muy bien hecho está lo hecho,
disfrazada la voz esa
pasa y es bien admitida
por la sociedad entera,
que se cuida de la forma
y no repara en la esencia.

Porque dicha en castellano,
voz que en latín no disuena,
¡cuántos sustos no causará
y á cuántos no retrajera
de asistir como ahora asisten
tranquilos á tales fiestas!

¿No temblarían los niños,
de los pies á la cabeza,
cuando dijera, papá:
el *quita-carne*s se acerca?
¿No llorarían los gordos
al verse vueltos merienda
de regocijos traidores
que en faz de amigos la pegan?

Y los flacos y las flacas
¡Santo Dios, cual se afligieran
temiendo verse ríidos
en lo poco que les queda!
¿Y qué dirían los hombres
si á sus mujeres oyeran
decir: voy al *quita-carne*s?
háganse ustedes la cuenta.

Ahora quiero que me indiquen,
para que todos entiendan
cuán bien expresada está
con la tal voz tal idea,
si habrá cosa que desgaste,
por tan diversas maneras,
tanto como el Carnaval
á los hombres y á las hembras.

Dígalo el pobre aburrido
que en un baile se presenta,
y á las primeras de cambio,
antes de dar media vuelta,
doscientos enmascarados
le empujan y manosean,
y le empolvan y le aturden
porque él está sin careta.

Un moro muy satisfecho,
como si gran cosa hiciera,
le dice: «*ya te conozco*,»
y otro aplaude la agudeza;
otro á relucir le saca
sus trapos quiera ó no quiera,
y si alguna de las máscaras
por sus trapos se interesa,
caten ustedes al panto
armada una pelotera.

El uno le aturde á voces;
el otro le zarandea;
un turco le dá un codazo;
un empujon una vieja;
una ejiptia le engatusa;
una vestal se la pega,
porque hay vestales de máscara
con su sal y su pimienta;
ó si quiere retirarse,
por temor ó por prudencia,
con el neutral bastonero
por casualidad tropieza;
á tiempo que con el báculo
hace á la música seña,
y el pié donde un clavo tiene

le magulla y le estropea.

Diganlo todos y todas,
sin melindre y con franqueza:
el galán que se equivoca
y por una trabacuenta,
creyendo hablar con su novia
dice flores á su abuela:
el que vé un airoso talle
y tras él corre que vuela,
y despues de enamorar
á la que juzgó doncella,
se encuentra abortito y confuso
con dos bigotes de á tercia:
la madre condescendiente
que al Prado sus hijas lleva
y escudado un lenguaraz
con su tupida careta,
alarma á las pobres niñas
con palabras descompuestas;
y á la paciente mamá
una por una la cuenta
las arrugas de su rostro
con la mayor desvergüenza,
y las canas que la sobran,
y lo que el pelo la merma,
y la escasez de los dientes,
y la falta de las muelas,
y las líneas que un colmillo,
fuera del lábio la cuelga,
y las rarezas que tiene,
y las chochece que piensa,
y las risas que ocasiona,
y los yernos con que sueña.

Digan si no es natural
que se consuma, y que pierda,
consumiéndose, sus carnes,
el que por carnes-tollendas
vá por la calle tranquilo
y una cuadrilla se encuentra
de diabólicos rapaces,
que, cogiéndole las vueltas,
le graban sobre la espalda
con no muy pulcra materia,
una horrible carantoña,
colgándole por contera,
á manera de rosario
de prior ó de abadesa,
doce cáscaras de huevo
engarzadas en hilera.

Dígalo el hombre pacífico
que en la calle una moneda
primi capientis divisa,
y al agacharse á cogerla
advierde que está clavada,
y coincide su advertencia
con la zumba de unos cuantos
galopines que le acechan.

Y omito otras muchas cosas,
porque omitirlas es fuerza:
á los beodos que sobran,
á los peleles que cuelgan
para dar al descuidado
que por la calle atraviesa;
á los cólicos que abundan,
á los gallos que degüellan,
con detrimento notable
de la casta gallinesca;
y á los cesantes con hijos
aficionados á grescas;

y á las niñas vivarachas,
maliciosas y ojinegras,
que en el general bullicio
se escurren y trasapelan;
y á los víctimas golosos
de las busconas famélicas;
y al caudal que se derrocha
en cintas y lentejuelas.
El miércoles de Ceniza
ofrece curiosas muestras
de las carnes que se pierden
en las recónditas vueltas
de este mortal laberinto,
confuso más que el de Creta,
haciéndonos en su día
ver tantas caras estrechas,
y tanta gente ojerosa
como entonces se presenta.
¡Ojo avizor con la píldora
que tantos tienen por buena:
se os presentará dorada,
pero... cuidado con ella!

J. MORAN.

LAS MONEDAS BAJADAS DEL CIELO.

(Leyenda piadosa).

Habitaba una vez en cierto pueblo una niña pequeña, cuyos padres habían muerto, dejándola en pobreza tal, que no tenía cuarto ni aun cama para dormir, y se mantenía de la limosna. Todo el haber de esta pobrecita niña no consistía más que en los miseros vestidos que llevaba puestos, y en la ocasión á que nos referimos, en un pedazo de pan que una alma caritativa le había dado.

Como estaba abandonada de todo el mundo, se puso en camino bajo el amparo de Dios. En su marcha, encontró un pobre hombre que la dijo: «¡Me muero de hambre! dame, niña, por amor de Dios, algo que comer.» La niña le dió todo el pan que llevaba, diciéndole: «Toma, Dios te le dá,» y siguió su camino.

Un poco más lejos encontró un niño que lloraba, diciendo: «Yo tengo frío en la cabeza, dame alguna cosa para cubrirme.» Ella se quitó su gorrita y se la puso.

Más lejos todavía, vió otro que estaba casi helado por falta de chambre y le dió la suya; y en fin, otro la pidió su juboncito y se lo dió también.

Al anochecer llegó á un monte espeso y otro niño la pidió la camisa. La niña piadosa se dijo: ya es de noche y nadie me verá, bien puedo darle mi camisa, y también se quedó sin ella; de suerte que ya no poseía nada más en el mundo.

En tal situación empezaba á apoderarse de ella el sueño, cuando vió que las estrellas del cielo caían sobre la tierra y se transformaban en hermosas y relucientes monedas de oro.

Ella, á impulsos de la caridad, había dado, por amor de Dios, todos sus vestidos, pero con aquellas monedas bajadas del cielo, que recogió en gran cantidad, se compró ropa nueva, y aun le quedó lo suficiente para hacer siempre limosnas y ser rica.

Así premió Dios su caritativa piedad, porque el Señor premia siempre las buenas obras.

MISCELÁNEA.

Repartimos con el presente número una linda polka compuesta expresa y generosamente para nuestro periódico por el joven Don Luis Martín, ya ventajosamente conocido en el arte musical. Domina la sencillez en esta pieza á fin de que puedan improvisarla en estos días nuestras favorecedoras, aficionadas al piano.

Mañana sábado 2 del corriente se verificará el baile acordado por las señoras de la Junta de beneficencia domiciliaria en favor de los pobres. El local destinado al efecto es el suntuoso palacio del señor Duque de Granada, cuyos salones honrarán esta noche SS. MM. con su asistencia.

Parece que las señoras de la Junta han dispuesto que el gasto que cada concurrente haga en el *buffet* vaya contenido en el precio del billete. Según los anuncios esta fiesta promete ser magnífica.

Al restaurar la torre de la iglesia de un pueblo de Francia, se ha descubierto un cuadro de Van-Dyck, que representa una Santa Cecilia. En opinión de los artistas, es una de las más bellas obras de este pintor y está perfectamente conservada.

Visitando la actual Exposición de bellas artes, una señorita, tan simpática como ingeniosa, preguntó á un amigo nuestro:—¿Que representa este cuadro?
—La civilización con todos sus adelantos.
—Todos... menos los de la pintura, ¿verdad?.. cuya réplica dicha sencillamente y como al descuido, dió por resultado un epigrama tan oportuno que hizo asomar la risa á todos los labios de los circunstantes.

Se anuncia un certámen poético como una de las manifestaciones de la devoción valenciana en las fiestas de mayo. Los poetas del Túria serán invitados, como en otros tiempos, á celebrar á porfía las perfecciones de la Reina de los Cielos.

La comisión que para formar el proyecto del certámen nombró la junta municipal de festejos, presentó su pensamiento en la última sesión, proponiendo que se premiasen con medallas cuatro composiciones, una oda, un himno, un romance histórico y una loa dramática, alusivas todas ellas á Nuestra Señora de los Desamparados.

Aceptóse el proyecto, pero con la modificación de no ser en idioma castellano todas las composiciones, como proponía la comisión, sino solo en dicha lengua las dos primeras, y en lemosin las otras dos.

¿En qué se parece un jugador á una cabra?
En que tira al monte.

¿Y las mentiras á los pájaros?
En que vuelan.

¿Y un músico á una rifa?
En que toca.

¿Y un puente á una cara?
En que tiene ojos.

¿Y los ojos á un colegio de educandas?
En que tienen niñas.

¿Y los muchachos mal inclinados á los poderosos?
En que prometen.

¿Y un mal barbero á un buen sastre?
En que corta mucho.

¿Y un cañón á una novia?
En los tiros largos.

¿Y la calle de Alcalá á la conciencia de un usurero?
En que es muy ancha.

Se ha dispuesto que los maestros y maestras de escuelas particulares y los directores de los colegios de primera enseñanza, remitan á la secretaria de la Junta de instrucción pública una nota detallada, en la que se manifieste la calle y casa donde se hallan establecidos, y el número de niños que tienen á su cuidado.

El año de 1867 se ha inaugurado con un acontecimiento de la más alta importancia para la provincia de Puerto-Rico. A las doce de la mañana del día 1.º se abrió con toda solemnidad la escuela normal de maestras, que, á propuesta de la Junta superior del ramo, ha constituido el gobierno superior con objeto de que se formen maestras idóneas que puedan dentro de poco propagar por toda la isla la educación del bello sexo, de la que dependen sin duda la educación y la ilustración de la sociedad entera.

El capitalista Sr. Olea, ha adquirido el cuadro del Sr. Alvarez, que representa *Un baile de asturianos*.

La señora condesa de Velle, que tan eficaz protección dispensa á nuestros pintores, ha comprado al mismo Sr. Alvarez otro de los cuadros que ha expuesto este año, *El cardenal penitenciario*.

El primer periódico de cierta importancia publicado en España, fué el *Diario de los literatos*, que en 1737 imprimía Salafranca, con la colaboración de Huerta, Puig é Iriarte. Consagrado á la crítica y análisis de los libros nuevos, se atrajo las iras de las eminencias literarias de la época, y á pesar de su positivo valor, murió á los pocos meses, no obstante la protección del rey. Casi al mismo tiempo, Salvador Mañer, fundó una especie de revista, titulada *El Mercurio histórico* (1738), que vivió hasta el año ocho; y otro escritor comenzó á publicar un semanario bajo el nombre de *El Mercurio literario*. Por último, en 1762, el célebre José Clavijo emprendió la publicación de un periódico al estilo de *El Espectador*, inglés, tan famoso en los anales literarios de la Gran-Bretaña, titulándole *El Pensador*; y el infatigable Nifo, en 1758, empezó *El Diario curioso, erudito y comercial, político y económico*, verdadero padre de los diarios de esta época.

CHARADA.

La primera es una letra:
repítela y cantarás
como cierta ave que á otras
sus polluelos dá á criar.

Segunda, tercera y cuarta
no ofrece dificultad,
y vas á acertarla luego
puesto que á la vista está.

Más pronto en tercera y cuarta,
si navegas, entrarás,
cuando tercera y segunda
consigas aprovechar.

Para que inferas el todo
te voy un consejo á dar,
y es, que donde no te llamen
no has de meterle jamás.

Solución á la del número anterior:

En el tono de *do* ayer
cantar tu canción oí,
y por dos veces un *mi*
la hubo de echar á perder:
muy ingrata debe de ser,
la que con dengues te dió
ese malhadado *no*....
pero por eso no llores,
que hallarás nuevos amores
á favor del *dominó*.

JEROGLÍFICO.



Solución al anterior.

Ramillete con alas
llama un poeta
al ave que cruzando
vá por la esfera.

Explicación de los dibujos del pliego que acompaña á este número.

- | | |
|--|--|
| Medallón ó escudo para sábana. | <i>Plumetis, punto de arma y calado.</i> |
| Escudo con corona. | <i>Cordoncillo doble, bodeques y realce, como se indica.</i> |
| A. G. | <i>Plumetis, bodeques y punto de arma.</i> |
| Cuellos y puños. | <i>Idem, id., id.</i> |
| A. | <i>Plumetis y punto de arma.</i> |
| A. C. | <i>Idem, id.</i> |
| Medallones y principio del abecedario correspondiente. | <i>Idem, id.</i> |
| Todo lo demás. | <i>Idem, id.</i> |

CRISTINA RUIZ DE MUR.

Rogamos á nuestras suscriptoras pongan su nombre al pié de los encargos de dibujos que dirijan á esta administración; pues no los serviremos sin saber de quién proceden. Al propio tiempo, les advertimos que los números de LA GUIRNALDA van al correo con las piezas de música y los pliegos de dibujos que deben llevar, y agradeceremos nos den aviso de cualquiera falta que noten, tanto para reparar el daño que pueda causarles, como para nosotros reclamar de quien proceda.

CORRESPONDENCIA DE LA GUIRNALDA.

- Sra. Doña M. de G. Oviedo. Recibidos los sellos: abonado el semestre.
- » » L. R. . . Id. . . id. . . id. . . id. el trimestre.
- » » C. B. Castejon de Valdejara. Se sirvió á V.: puede quedarse con el número á que alude.
- Sr. Don R. P. Puerto de Cabras. Recibidos los sellos: queda abonado el semestre y se complacrá á V.
- » » P. T. Linares. En nuestro poder los 22 sellos que envía, faltan 8 para abonar el trimestre á D. A. C.
- » » J. R. P. Olot. Se complació á V.

Por todo lo no firmado, el editor responsable, D. BLAS BERNAL.

MADRID: 1867. — Estab. tip. de ROLDÁN, Sacramento, 5.

LA GUIRNALDA vé la luz pública los días 1.º y 16 de cada mes.

El precio de la suscripción es en Madrid 4 rs. al mes; en provincias 14 rs. por trimestre adelantado, remitiendo su importe directamente á la Administración en libranzas ó sellos de correos, ó 50 rs. al año en igual forma. En el extranjero y Ultramar 20 rs. igualmente por trimestre adelantado.

La suscripción podrá hacerse en Madrid en la Administración del periódico, en casa de los Sres. Durán, Carrera de San Jerónimo; San Martín, Puerta del Sol; Moya y Plaza, calle de Carretas, Calleja y compañía, en la misma calle, y Gaspar y Roig, calle del Príncipe; y en provincias en los puntos en que se establezcan corresponsales.

Los números sueltos se venden á 6 rs. en la Administración de LA GUIRNALDA, calle de Jacometrezo, números 7 y 9, cuarto tercero de la derecha, á donde se dirigirán los pedidos y toda clase de reclamaciones.